

e 21090(1)
11

Los Contemporáneos

DESENCANTO

NOVELA DE

B. Morales San Martín

Ilustraciones de URALDE

17 DE MARZO DE 1916

NÚM. 377

30 cénts.

Los Contemporáneos

SE PUBLICA LOS VIERNES

Publica novelas cortas de los mejores autores, lujosamente ilustradas, en negro y colores, por renombrados dibujantes.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

CALLE DE FERRAZ, NUM. 82, MADRID

Teléfono 4.539

Apartado de Correos 216

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 pts. Año 18

NÚMERO SUELTO

Edición de lujo, 80 céntimos.

Ed. económica, 20 céntimos.

Anuncios: pídase tarifa.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia sobre ellos y sólo se admitirán los solicitados por la Dirección.

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo, 12, CAPELLANES, 12, Precio fijo.

LA ORTOPEDIA MODERNA

CESAREO ALONSO

ORTOPÉDICO DEL INSTITUTO RUBIO, PREMIADO EN VARIAS EXPOSICIONES

GRAN CASA CONSTRUCTORA

Teléfono 2.415

Fuencarral, 104

EXTINTOR DE INCENDIOS QUIMICO "KUSTOS"

Adquirido por el Banco de España, Credit Lyonnais, Museo del Prado, Teatro Real, Cuerpos de Bomberos de Madrid, Bilbao, San Sebastián, Sabadell, etc., etc.

El único inexplorable y las cargas las prepara el comprador en su casa.

L. Serrano, S. en C.

PASEO DE RECOLETOS. 10. Madrid



LA LIDIA Ilustración taurina semanal SE PUBLICA LOS LUNES



BEBED LA NUEVA Y YA CÉLEBRE AGUA DE MORATALIZ BICARBONATADA MAGNÉSICA ÚNICA EN ESPAÑA

MORATALIZ Aguas radioactivas (2820 voltios por hora y litro)
MORATALIZ Agradable y excelente agua de mesa.
MORATALIZ Para la obesidad, la gota y la diabetes.
MORATALIZ Para los intestinos y los riñones
MORATALIZ Para enfermedades del estómago
MORATALIZ Para la dispepsia crónica
MORATALIZ Para los ancianos
MORATALIZ Para niños

Dirección general: BARQUILLO, 4.--MADRID

Teléfono núms. 3.016 y 5.475



Los Contemporáneos

DESENCANTO

NOVELA DE

B. Morales San Martín

Ilustraciones de URALDE

17 DE MARZO DE 1916

NÚM. 377

30 cénts.

Los Contemporáneos

SE PUBLICA LOS VIERNES

Publica novelas cortas de los mejores autores, lujosamente ilustradas, en negro y colores, por renombrados dibujantes.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

CALLE DE FERRAZ, NUM. 82, MADRID

Teléfono 4.539

Apartado de Correos 216

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

NÚMERO SUELTO

Edición de lujo, 80 céntimos.

Ed. económica, 20 céntimos.

Anuncios: pídase tarifa.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia sobre ellos y sólo se admitirán los solicitados por la Dirección.

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo, 12, CAPELLANES, 12, Precio fijo.

LA ORTOPEDIA MODERNA

CESAREO ALONSO

ORTOPÉDICO DEL INSTITUTO RUBIO, PREMIADO
EN VARIAS EXPOSICIONES

GRAN CASA CONSTRUCTORA

Teléfono 2.415

Fuencarral, 104

EXTINTOR DE INCENDIOS QUIMICO

"KUSTOS"

Adquirido por el Banco de España, Credit Lyonnais, Museo del Prado, Teatro Real, Cuerpos de Bomberos de Madrid, Bilbao, San Sebastián, Sabadell, etc., etc.

El único inexplorable y las cargas las prepara el comprador en su casa.

L. Serrano, S. en C.

PASEO DE RECOLETOS. 10. Madrid



LA LIDIA

Ilustración taurina semanal

SE PUBLICA LOS LUNES



BEBED LA NUEVA Y YA CÉLEBRE AGUA DE MORATALIZ

BICARBONATADA MAGNÉSICA

ÚNICA EN ESPAÑA

MORATALIZ Aguas radioactivas (2820 voltios per hora y litro)
MORATALIZ Agradable y excelente agua de mesa.
MORATALIZ Para la obesidad, la gota y la diabetes.
MORATALIZ Para los intestinos y los riñones
MORATALIZ Para enfermedades del estómago
MORATALIZ Para la dispepsia crónica
MORATALIZ Para los ancianos
MORATALIZ Para niños

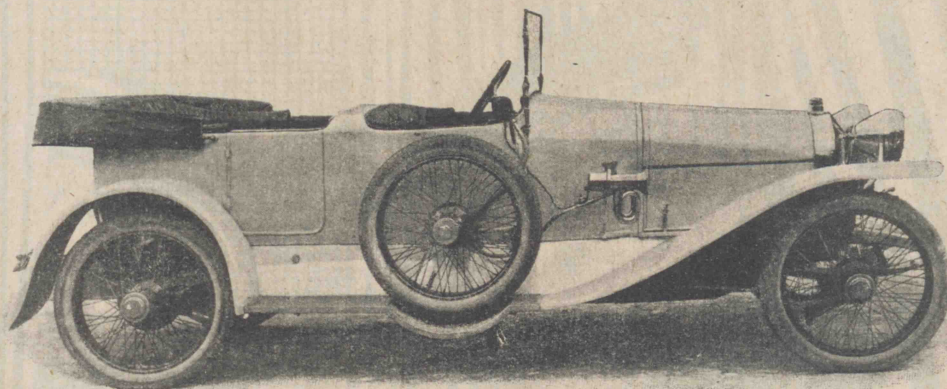
Dirección general: BARQUILLO, 4.--MADRID

Teléfono núms. 3.016 y 5.475

AUTOMÓVILES DE FABRICACIÓN ESPAÑOLA

MARCA

“ELIZALDE”



CONCESIONARIO: **ALVARO UREÑA**

BARQUILLO, 14 Y PRIM, 1.—MADRID

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Génova el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana, y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico. Puerto Barrios, Cartagena de Indias, Maracaibo, Coro, Cumaná, Carúpano, Trinidad y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz y Cartagena, para salir de Barcelona cada cuatro viernes, ó sea: 7 Enero, 4 Febrero, 3 y 31 Marzo, 28 Abril, 26 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 18 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre; para Port-Saïd, Suez, Colombo, Singapore, Ilo Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sea: 25 Enero, 22 Febrero, 21 Marzo, 18 Abril, 16 Mayo, 13 Junio, 11 Julio, 8 Agosto, 5 Septiembre, 3 y 31 Octubre, 28 Noviembre y 26 Diciembre, para Singapore y demás escalas intermedias que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán. (Escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Servicio mensual saliendo de Bilbao y Santander el 12, de Gijón el 13, de Coruña el 14, de Vigo el 15, de Lisboa el 16 y de Cádiz el 19, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el 12 para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.



LA PERFUMERÍA FLORALIA

tiene el honor de poner en conocimiento de su distinguida clientela, haber puesto á la venta, el **Ron Quina FLORES DEL CAMPO**, á los mismos precios y tamaños que su afamada Agua de Colonia.

B. MORALES SAN MARTÍN

DESENCANTO

EVA INMORTAL.

...Y un día "se hizo música" en Torre del Mar. Era el cumpleaños de Carmeta, perfumado botón de rosa de la primavera levantina, y sus hermanas, María Victoria y don Pablo, invitaron á sus amigos "á tomar un helado" en los jardines de la casa-palacio, su residencia veraniega á la sazón.

Victoria, siempre artista y siempre original, hizo emboscar entre los pinos, palmeras, eucaliptus y adelfas que á occidente del jardín protegían el palacio de los ardientes rayos del sol, una pequeña orquesta que á la llegada de los invitados á la blanca terraza del jardín sonaba como coro á la blanca terraza del jardín sonaba como coro á invisible de eólicas arpas á través del recio y tupido ramaje del bosquecillo, que le ocultaba á los ojos de los huéspedes de María Victoria.

Todos, hasta las íntimas amigas de Victoria, celebraron la afortunada invención de la genitil castellana y rompieron en atronadores aplau-

sos cuando hizo traer su potente armonium, y allí, en plena natura, cerca de la fuente rumorosa, á la sombra de los corpulentos pinos y esbeltas palmas, rodeada de estatuillas y macizos de rosas, claveles, nardos y camelias, Victoria se acercó al precioso instrumento é hizo revivir, como un virtuoso, clásicas páginas musicales que en aquel umbroso lugar sonaron como creaciones divinas, porque eran una estrofa más que se unía á la que entonaban los pájaros en la floresta, la brisa marina en las verdes palmas y el sol centelleando entre los pinos y dorando y á la vez dejando en la penumbra seres y cosas, ideas y sentimientos...

Un violinista muy joven, casi un niño, vino luego junto al armonium, á ruegos de María Victoria, y su arco arrancó sentidos lamentos á las cuerdas del violín, acompañado magistralmente por la dama. Toda natura—pájaros, brisas, rumores del cercano mar, gemidos de la arboleda—pareció tener suspensa la vida mientras el violín gemía y el armonium comentaba románticos nocturnos de Chopin, elegíacas sonatas beethovenianas, deliciosas arias de Bach, caprichosos conciertos de Beriot.

Y desde aquel momento ya no se separó Victoria del armonium, coqueteando lindamente con el joven artista, cuya cara aniñada, completa y

cuidadosamente rasurada, sonreía con el candor infantil de las primeras esperanzas de amor, bajo el nimbo de su oscura y rizada melena. El pobre niño creyó unida para siempre el alma de la gentil dama á la suya, por la magia de las romanzas sin palabras que suspiraba su violín, más expre-

—¿No se cansa usted, señora?

—¡Oh! ¿Cómo... oyéndole á usted?

—¡Gracias, gracias! ¡Tan indulgente como bella... María Victoria!—murmuraba, desvanecido, el pobre músico que comenzó llamándola "señora", y á fuerza de suspiros y palabras sentidas cam-



sivo para el amor que el vulgar lenguaje articulado... y se dejaba llevar por aquel juego inocente y peligroso. Y como niño con zapatos nuevos, hojeaba papeles nerviosillo y vanidoso, viéndose en tan alta y solemne ocasión predilecto de la hermosa castellana y de la distinguida sociedad de Torre del Mar.

—Señora... ¿repetimos este andante de Beriot..., aquella serenata de Saint-Saens..., esta polaca de Vieuxtemps..., la genial fantasía de Chopin?...

—Sí, sí; como usted quiera...

biadas en voz baja, y de miradas incendiarias en pleno concierto, acabó llamándola "Victoria" á secas, como podría hacerlo un amigo íntimo ó un amante. Dijo aún:

—¿Queda bastante luz...; ve usted aún las notas, Victoria?

—¡Ah, sí! Para mí hay siempre luz en la vida... —y le miró aquella Eva, como la madre Eva miraría en su primer día de amor, aquel día en que estalló el primer beso sobre la Tierra, incendiando bosques, montes y volcanes...;—y el pobrecillo

artista al mirarse en aquellos ojos, en cuyo fondo leyó todo el paradisiaco poema, y sentirse acariado por el aliento perfumado de Eva inmortal, sintió aflojarse sus dedos, temblar sus piernas, y en poco estuvo que arco y violín no cayeran de sus manos y él viniera al suelo como inerte muñeco, con todo su arte exquisito y su inexperiencia de la vida. Serenóse un poco, y balbuceó:

—Veamos... pues, ¿esta serenata de Pierné?

—Sí, sí. Es graciosa, linda, como un juguete precioso... que deseamos romper para averiguar qué es lo que lleva dentro...—y le miraba sin compasión con sus rasgados ojos de un verde claro, con áureos reflejos que seducían y fosforescencias que turbaban.

Comenzaron y dieron fin, como Dios les dió á entender, la famosa serenata, y un aplauso nutrido, más galante que entusiasta, coronó la ejecución de la obra. Entonces pareció que los dos artistas se dieron cuenta de que sus amigos les rodeaban... Algo avergonzado recibió el homenaje el músico, porque su conciencia le decía que aquellos aplausos eran inmerecidos..., y miró suplicante á María Victoria, que sonreía enigmática.

Pero ya venía, sereno y tranquilo, á librarle del apuro don Pablo, seguido de un criado que sostenía sendas bandejas de plata con dulces, pastas y helados.

—Basta ya de música, niños... ¡Está usted sin tomar nada en toda la tarde! María Victoria, ofrécele á nuestro artista...

Avanzó el criado; Victoria tomó unos dulces con sus dedos largos y rosados y los ofreció al apasionado joven, que se apresuró á tomarlos, inclinándose respetuoso y cortés.

—Pero... ¿y usted?

—¿Yo? ¡Ah! Aunque soy golosa... ¡tomaré sólo un sorbete!

Mandó don Pablo traer un velador de junco esmaltado; y sin levantarse Victoria de la banquetta del armonium, ella y el músico tomaron de las bandejas lo que les plugo. Don Pablo les miraba reflexivamente, como quien mide y pondera lo sutil y lo imponderable. María Victoria lo notó:

—¿Y tú, querido Pablo?

—¿Yo?—y don Pablo sonrió irónico.—Ofreciendo dulces y helados á las pequeñas amigas de Carmeta, me obligaron á tomar de todo lo que comieron ellas... Carmeta sobre todas. Con que figúrate... ¡Qué encantadores diablillos!

—Pues yo...—replicó María Victoria,—tomaré otro helado...

—¿No le hará daño á usted, señora?—suplicó el artista.

—¡Oh! No; ¿verdad, Pablo?—Y hundiendo la argentina cucharilla en su copa, decía, paladeando la fría golosina:—¡Es delicioso! ¡Qué cosa tan rica!—De súbito, mirando alternativamente á su marido y al músico, exclamó tras una sonora carcajada, señalando al helado que acababa de probar:

—¡Qué cosa tan rica! ¡Lástima... que no sea pecado!

“LA DUQUESITA”

Así llamaban los veraneantes de Torre del Mar, entre irónicos y envidiosos, á María Victoria. “La duquesita”, sí. Y en verdad que merecía serlo aquella niña gentil, que una aristócrata era por sus gustos depurados y exquisitos, por la distinción y elegancia de sus maneras, por la alteza de sus ideas y sentimientos, exentos de orgullo é impertinencia, y sobre todo por su soberana belleza acusadora de una estirpe distinguida, noble, activa.

Muerto el padre de María Victoria, noble caballero, cuyas extensas propiedades radicaban en Torre del Mar, su viuda, que sabía cuánto amaba él aquella heredad—enclavada entre la huerta y el mar, cuajada de naranjales y rodeada en toda su extensión por dilatada franja de palmeras, y que el caballero llamaba irónicamente “su feudo”,—retiróse á vivir con sus dos hijas á la casa-palacio de Torre del Mar; y en aquel rincón paradisiaco vivió doña Juana, guardando su riguroso luto y cuidando, como dos flores de amor, á María Victoria y Carmeta.

Andando los días y corriendo vertiginosamente los años, algo templado ya su riguroso duelo, allí conoció don Pablo á la dolorida viuda y á sus hijas y allí concertó y verificó su casamiento con la mayor de las dos ricas herederas, el bizarro militar que desde aquel punto y hora se puso al frente de la hacienda, logrando en breve tiempo que rindiera ciento por uno lo que antes estaba esquilado ó en lamentable abandono por aparceros y colonos. La finca de recreo convirtiéndose en granja útil, y sin quitar una pulgada al jardín de María Victoria ni á las huertas y plantaciones de naranjos, habilitóse lugar para establos de vacas y gallineros, y por primera vez en Torre del Mar lo útil y lo agradable se dieron la mano.

Doña Jesusa estaba encantada de las dotes de su hijo político, que con su talento y previsión había hecho de Torre del Mar una finca productiva. Y Carmeta, la alegre y bondadosa niña, ordeñaba las vacas, recogía las cestas de huevos, reía con las embaladoras de naranjas y decía, á voz en grito, que con aquel tragín Pablo había traído la alegría á la triste y solitaria Torre del Mar.

¿Y María Victoria, qué decía?

La castellana de Torre del Mar se casó, llevando á su boda la misma disposición de ánimo que llevó á las bodas de sus amigas; con la agradable diferencia de que en la fiesta de su casamiento era ella, “la duquesita”, la protagonista envidiada por todas sus amigas y conocidas que vinieron de la ciudad rindiendo homenaje á la amistad que profesaban á las nobles castellanas de Torre del

Mar. Le habían dicho á María Victoria que don Pablo era todo un perfecto caballero, tan rico ó más que ella; que por amor y no por interés concertó su boda; y aunque ella no contaba más que veinte primaveras y el novio era un hombre de treinta años, era tan apuesto, tan varonil, tan noble y cabal, que Victoria le dió su mano y su corazón, puros y vírgenes ambos como las flores de las palmas de Torre del Mar, tan altas que ni las mariposas llegaban á ellas.

Y aquel hombre de profundo mirar, de recia voluntad y clara inteligencia, fué dueño primero y único de la delicada flor de hermosura que creció, guardada para él, en aquel paraíso levantino, y fué feliz porque merecía serlo y porque don Pablo supo ganar su cariño con la nobleza de sus delicados sentimientos.

Pero, de los pensamientos locos de María Victoria, ¿quién era dueño?, ¿quién lo sería?

Desde pequeña, Victoria, sin ser nunca una niña malcriada, ni siquiera mimada, fué versátil y caprichosa. Pasaba con presteza de la alegría á la pesadumbre, sin motivo aparente. Sus simpatías trocábanse en odio con la misma rapidez súbita que nacieron. Excesivamente impresionable, era incapaz de ninguna atención ni de persistir en las mismas ideas más de veinticuatro horas; pero aquéllas eran brillantes, originales, deslumbradoras. Un día le preguntó á su padre, á quema ropa:

—Papá... ¿y por qué ha hecho Dios el mundo?

—Su padre, que paseaba con María Victoria por las huertas que besan las olas de Torre del Mar, quedó admirado y suspenso delante de aquella “mujer de ocho años” que le disparaba, á boca de jarro, deliciosa é intrincada sarta de “por qué” que el buen señor no sabía ni podía contestar.

Ya casada, entre las infinitas preguntas que año a año quedaron sin contestación, le repitió á su marido aquélla que dejó admirado á su padre:

—Pero dí, Pablo: ¿delante de la espléndida Creación y del dolor humano, no te has preguntado tú nunca, por qué habrá hecho Dios el mundo? ¡Venga, dí! Desde pequeña me inquieta esta idea...—Don Pablo, admirado también, no supo cómo salir del aprieto, y cuando pudo exclamó, riendo:

—¡Diantre de chiquilla!... ¡Eres capaz de poner en un ahogo... al claustro de doctores de Salamanca! ¿Y por qué hizo Dios el mundo? Pues, mira, francamente, yo no sé por qué lo haría; pero lo que me consta de buena tinta es que, al ver lo malo que le salió, se arrepintió de su obra.

—No estamos conformes, señor marido. El mundo no puede ser mejor de lo que es... Vosotros, los hombres..., y nosotras, “el sexo débil”, somos quienes estropeamos la obra divina, incomparable...

—¡Ah, sí? Muchas gracias por la lisonja...

—No, si tú eres bueno. El hombre es bueno como la mujer. Pero déjalo que se junte en muchedumbre..., y ya todos formando el rebaño humano, se sienten unos bárbaros capaces de las mayores atrocidades: armar guerras, crear ídolos, llevar á un torero á la muerte, á un sabio al ostracismo... Estaban solitos Adán y su costilla en su paraíso, en “su Torre del Mar”, como si dijé-

ramos; y vivían como unos ángeles. Vino la serpiente, se juntaron “en muchedumbre”..., y ya sabes lo demás.

—¡Chiquilla, chiquilla! ¿Qué ideas son ésas?—y don Pablo reía para disimular su impotencia intelectual, para contender con la Eva de su paraíso. Esta siguió implacable.

—Por eso quiero que me diga alguien por qué Dios hizo el mundo y le colocó el apéndice humano..., que en resumidas cuentas no sirve más que para silbarle ó desbaratarle al Creador su obra estupenda. ¡Tan hermosa que sería la Creación sin el gusano humano que la corroe!... Y tú, que sabes tanto, ¿no puedes contestar á mis dudas? ¿Por qué hizo Dios el mundo? ¿Apareció el hombre en él como un microbio, por generación espontánea, como el gusanillo en el queso, ó lo creó Dios también? ¡No me cabe en la cabeza, Pablo, que seas obra divina..., aunque amasada con arcilla todo lo putrefacta que quieras, eso sí! ¿Cómo iba Dios á crear la carcoma, destructora de su obra magnífica? ¡Contesta, bobo, contesta!

—¡Pues francamente, hija mía, no lo sé! Como no se lo preguntemos á El!—y acababan en risas y bromas las transcendentales é inocentísimas dudas de María Victoria que nadie, naturalmente, le resolvía.

Aquella niña precoz, impetuosa, que pasaba con increíble rapidez de la actividad más asombrosa al tedio profundo, dejándose arrastrar impulsada por el huracán de las circunstancias y por el azar como hoja caída del árbol, fué una histérica sin saberlo ella ni los seres que la amaban. Si hubiera sido posible injertar en su cabecita loca y en su corazón generoso una inteligencia ponderada y una sana voluntad, la elegante y caprichosa “duquesita” hubiera llegado á ser una Aspasia ó una Lucrecia que hubiera asombrado al mundo.

Después de aquella tarde en la que Victoria dijo á su marido y al enamorado violinista, paladeando el delicioso sorbete:

—“¡Lástima... que no sea pecado!” don Pablo la contempló dormida en el lecho conyugal; y al verla tan hermosa en su íntimo abandonado á la débil luz rosada de la suntuosa alcoba, exclamó, más con el pensamiento que con la palabra:

—¡Está bien... niña de los sueños locos! ¡Está bien! ¡Lástima que el sabroso helado no fuera pecado... para saborearlo con mayor delicia!... ¿no es verdad? ¡Pues yo te domaré... por el pecado!

Y se dejó caer suavemente en la blanda cama para no despertar á la fantaseadora cabecita que dormía santamente, sin que ningún remordimiento turbara aún su conciencia.

Dos días después de aquél en que María Victoria y el artista famoso rindieron su tributo al arte y al amor en una misma niebla de sentimientos, salió la dama, elegantemente ataviada, sola en su carruaje por las alamedas, caminos y calzadas que circundan á Torre del Mar.

Gustaba aquella original mujer experimentar contrapuestas sensaciones, y lo mismo se perdía entre las huertas, sola, sin más compañía que su sombrilla y un libro que no abría nunca, gustando el placer de ver ponerse el sol y llegar la noche envolviendo el espléndido paisaje en mantos de espenegra; ó tendida en la arena de la playa, esperando la salida de la luna y contemplar la lenta ascensión del astro pálido sobre las aceras de aguas del golfo levantino; ó caminar lejos, en busca de misteriosas fuentejillas, que bajo los enhiestos álamos y cerca de las enjalbegadas barracas morismas, cantaban su estrofa eterna no interrumpida por el rodar del carro de los siglos ni por el espóreo de las batallas. Y el rojo atardecer, la trépida de las batallas. Y el rojo atardecer, la misteriosa noche, la romántica luna y la fuente de puras y perennes linfas decían mil cosas sin nombre á la fantaseadora niña, sugiriéndole ideas y sensaciones que con hartos de su casa de Torre del Mar.

Aquella tarde cansóse de vagar por las alamedas de la Malvarrosa, y mandó al cochero que por un camino orlado de adelfas y tamarindos saliera á la playa. Las aguas del mar, de un azul intenso, rizábanse el levante dibujando sobre la oscura masa movible festones y encajes de espumas. En la lejanía, dos ó tres velas latinas recortábanse como blancas alas de gaviota sobre el horizonte. Al norte, levantábase ingente barrera de montes que coronaban las ruinas de legendaria fortaleza, al pie de la cual surgía la mole cuadrada de histórica abadía rodeada de colinas rojizas y blancos pueblecillos que doraba el sol en su espléndido declinar...

Perdiase la mirada de María Victoria más allá de las blancas velas latinas, más allá de la barrera de montes teñidos de amatista, más allá de las blancas ruinas que coronaban la dentellada cordillera saguntina, más allá aún de las nubes blancas que el levante empujaba hacia occidente, más allá aún... "Miraba al infinito, sin ver nada", como dijo el poeta, cuando surgió ante ella, cruzándose en su camino, un ser melenudo, de faz aninada é inocente mirar. ¡Era el famoso artista, el del violín mágico que sabía cantar amores!...

El joven músico creyó que María Victoria daría una enérgica sacudida sobre los cojines de su carruaje, que buscaría sus ojos y sus labios, que

le invitaría á subir al carruaje, á continuar su paseo con ella, á... Y al verla la saludó con grandes aspavientos, quitándose y volviéndose á poner el abollado sombrero que protegía su testa preñada de altos y desordenados pensamientos. Victoria pasó por él sus ojos, "mirándole sin verle"...; contestó á su saludo con imperceptible y distinguido ademán... y siguió "mirando al infinito, sin ver nada", serena, impasible, puestos los ojos del alma en aquellas montañas como enormes amatistas que comenzaban á esfumarse tras las nieblas que de levante arrastraba.

El pobre poeta del violín la llamó á gritos:

—¡Victoria! ¡María Victoria! ¡Señora! ¡Señora!...

El carruaje siguió su marcha pausada y ni María Victoria ni el auriga tornaron la cabeza. El desencantado mozo quedó plantado en la arena como un poste... y de pronto, se fué á grandes zancadas, dado á todos los diablos y renegando de sus esperanzas concebidas en un momento de imborrable recuerdo..., durante el cual la tornadiza dama había jugado con su corazón como una hembra felina con un ratoncillo recién salido del nido...

Y es fama que la noche de aquel día rompió su violín el infeliz niño; aquel violín mágico que cantaba amores y unió dos almas; un instante! con los hilos invisibles de sus misteriosas armonías, para romperlos apenas se extinguieron sus notas bajo los pinos y las palmeras de Torre del Mar... ¡Su idilio había vivido menos que viven las rosas!

¡El pobrecillo no quería acordarse de que su violín le había hecho "dueño absoluto" ¡un segundo! del alma de una mujer como María Victoria, que habían sido suyos; un momento! el corazón y los pensamientos de la hermosa dama, y rompió su violín y lo enterró en la fosa inmensa que cubren las azules ondas.

Y en aquel punto acabó la historia de ambos: del niño artista y del violín que sabía decir amores... pero que ignoraba cuál era la hora propicia para amar y para morir.

LO PROHIBIDO

Paseaba María Victoria por el jardín, un caluroso día estival. Sentóse á la sombra de un copudo manzano y leyó... sin acordarse de que leía á la sombra del árbol prohibido. Pero levantó los ojos al acabar una página sugestiva, vió las verdes manzanas, tirantes aún, pero ya tiñéndose de pálido rubor, como mejillas de virgen, y no leyó más.

Miró las ramas cargadas de fruto y aspiró con delicia el aroma sensual de la fruta prohibida.

Relamíase los labios, como gata á la vista de su presa, cuando se acercó don Pablo, que seguido del hortelano andaba por entre los frutales cubierta la noble testa señorial con amplio sombrero de paja.

—¿Tienes ya antojo de manzanas... María Victoria?—preguntóle irónico y esperanzado.—Están un poco verdes aún..., pero voy á cogerte aquella; mira, sí; parece que está madura... Verás, ¡Pedro!—y el criado se acercó trayendo una escalera de mano.

—¡No, no, Pablo!—gritó María Victoria, levantándose.—Las miraba con codicia... ¿lo crearás? ¡porque están verdes! Hay más voluptuosidad en desear la fruta prohi... ¡la fruta verde quise decir! que en comerla...—y reía como una loca, mirando á su marido con pasión.

Don Pablo hizo como quien no oye ni entiende, acercó la escalera al manzano, y sin hacer caso de las protestas de su mujer encaramóse al árbol y comenzó á coger las manzanas más bonitas, tirándoselas á su mujer.

—Pero, Pablo; si están verdes...

—Esta, no... Mira estotra qué coloreada...

—Que sí, digo. ¡Mírala!—y mordiendo la aromática fruta la arrojó iracunda.—¿No te lo dije? Aún están verdes... Baja, baja, Pablo; que existe más delicia en desearla verde, en el árbol, fuera del alcance de la mano, que en morderla una sola vez...

—Pero... te refieres á estas manzanas de nuestro huerto..., ó ¿acaso á la fruta del cercado ajeno, loca de atar?—preguntaba don Pablo, riendo.

—¡Quién sabe! ¡Quizá... á las dos!—y escapó María Victoria, antes de que bajara don Pablo, corriendo como una loca, ondeando en pleno sol su suelta y abundosa cabellera, que brilló un momento con áureos y oscuros reflejos entre los árboles y se perdió, con la risa sonora de la histérica, en lo más selvático y umbrío del jardín.

Don Pablo, apenas se vió solo, bajó del manzano y dió una orden á su criado en voz baja. Este arrimó la larga escala bajo el balcón del dormitorio de María Victoria, que daba al jardín. El caballero trepó por ella ágilmente, y al convenirse de que con aquel artefacto podía asaltarse fácilmente la habitación de su mujer, sonrió metafísico, bajó veloz y dijo al criado:

—Retírala y guárdala—y se fué en busca de María Victoria, á quien oía en animada charla con Carmeta entre la espesura. Pedro, el socarrón hortelano, guardaba y dejaba encerrada la escalera, con doble vuelta de llave, en la caseta donde se guardaban los instrumentos de labranza, en un extremo del extenso jardín.

“LA SOLEDAD DE DOS EN COMPAÑÍA”

Pronto se cumplirían los tres años de la boda de María Victoria... Un día se encerró con ella

su madre, la bondadosa doña Jesusa, y le habló así:

—¡Pero, ven acá, loca de atar! ¿Por qué te martirizas y haces sufrir martirios á ese santo, á ese excelente marido que Dios te envió y tú no mereces, diablillo con faldas?

—Alto ahí, mamá. ¿Te ha dicho él alguna cosa?

—¡Pobrecillo! ¡Qué mal le conoces! Ni una palabra de queja ha salido de sus labios... Pero



lo veo yo. ¿Para qué estoy yo aquí, sino para velar por tu felicidad y la suya?... ¿Es que crees que ni veo ni comprendo?...

—¡Ah! ¿Tú?—y Victoria sonrió zalamera.

—Sí, yo; tu madre; que vela por tu dicha siempre. Y tu dicha, sépaslo, depende de la de él. ¡Ay de la mujer, el día en que el hombre no ve su ideal junto á ella!

—Pero, mamá... no parece sino que...

—Vamos á cuentas... ¿A qué viene eso de tener, de algún tiempo acá, habitaciones separadas de las de tu marido, con el pretexto de que quie-

res tener libertad para ver salir la luna de las aguas, sin turbar el sueño de Pablo, para dormir sabiendo que tus flores están al pie de tu balcón?

—Mamá, no creo que sea un delito amar las flores, desear la luna; digo...

—Eso son músicas, Victoria; música celestial, romanticismo trasnochado y cursi... y tú no lo has sido nunca; eso ya no sienta bien en una mujer casada...

—Mamá, dices unas cosas... ¿Pero es que una mujer casada no puede dejar abiertos sus balcones para que entre la luz de la luna y el perfume de las flores cuando ella toca al piano la "Patética" de Beethoven, el "Clair de lune" ó la "Muer-te de Isolda"? ¿Eso es cursi? ¡Vaya, que dices unas cosas!

—¡Y aún te diré otras! Atiende, María Victoria, y no olvides lo que va á decirte tu madre por primera vez después del día de bodas: ¿Amas á tu marido? ¿Sí ó no? En seco.—Victoria le echó los brazos al cuello á doña Jesusa.

—¡Mamá! ¿Qué cosas preguntas!

—A responder, en firme. ¿Le amas ó no?

—¡Sí!—respondió con aplomo, la joven.—¿Pero á qué viene esto?

—¿A qué viene eso de separarte de él, tener habitaciones distintas de las tuyas... en las que te niegas á recibirle cuando te pasa por el magín...; á qué viene eso de no querer acompañarle en sus paseos ó en sus viajes á la ciudad, como antes, de distraerte cuando te mira ó te habla?...; ¡vamos, niña, responde!

—Mamá, por Dios... ¡No me mires así, no me riñas! ¡Si yo soy buena..., si yo le quiero! ¡á él sólo! bien lo sabes!... ¿A quién si no? Pero yo misma no lo sé, quizá esté enferma...

—¿Tú?—y doña Jesusa sonrió incrédula.

—Mira, verás. ¿Sé yo misma, acaso, por qué unos días me pongo á dibujar con pasión de lunada, y al siguiente aborrezco el dibujo y lo dejo para siempre...; y al otro me entra pasión por la lectura, hasta que tiro los libros y me siento al piano... ó me voy á lavar, á la fuente, con to al piano... ó me voy á lavar, á la fuente, con to al piano... ¿Sé yo por qué esto es así? ¿Acaso las criadas? ¿Sé yo por qué esto es así? ¿Acaso sé por qué todo me cansa? ¿Crees tú que no me duele, con dolor que al alma llega, no ser como él: equilibrada, reflexiva, enérgica y constante? Pues si no soy así, si valgo menos que Pablo, de-jadme con mi castigo y no me atormentéis... que bastante tormento es el mío, mamá de mi alma—y se arrojó, llorando, en los brazos de la anciana, que comenzó á comprender y sonrió entre lágrimas, indulgente y compasiva.

Y no hablaron más.

Desde aquel día, don Pablo pasó muchas horas encerrado en su despacho, devorando libros que recibía á escondidas de su gentilísima mujercita; después de sus lecturas solía ausentarse de Torre del Mar pasando días enteros en la ciudad. María Victoria, que no advertía aquellas ausencias porque, á su pesar, más que á cuanto la rodeaba, se-guía "mirando al infinito", ignoraba que su marido y señor celebraba frecuentes consultas con eminencias médicas y estudiaba "en vivo" sus penas, que eran hondas y amargas como las aguas del mar, mientras en los ojos de María Victoria

fulguraban destellos de desconocida pasión que nadie podía descifrar, ni qué género de ideas se consumían en aquel fuego del alma...

Con la mirada de Victoria emergía una luz sobrenatural que transfiguraba su rostro en aquellos momentos de mudo delirio, comunicándole una expresión de tan sublime idealidad que seducía y conquistaba á quien tenía la fortuna de contemplarla cuando soñaba despierta sus ensueños de amor infinito... que nadie adivinaba ni mucho menos comprendía..., á pesar de que se denunciaban en sus ojos verde mar con fosforescencias áureas...

VENUS CALÍPIGA

De su matrimonio no habían tenido hijos, y María Victoria conservaba su hermosura immaculada de virgen, con todo el esplendor de Venus calípiga.

Don Pablo amaba su hermosura y amaba su alma. Queríala como era y porque era así: el ser más opuesto á él en escultura, en ideas y en sentimientos.

Era el apuesto militar alto y buen mozo, moreno, de negros ojos rasgados y rizosa barba nazarina. No había en él nada del tipo del hombre del Norte, de cutis afeminado y manos mórbidas. Era anguloso, con músculos de acero, boca sensual y tipo puro arábigo-español. Era ella pequeña, blanca como una figulina delicada y quebradiza; de breve cintura; seno turgente, con leve, pero sensual desproporción con su talle de avispa. Sus caderas redondas y ondulantes traían al pensamiento las clásicas formas de Venus calípiga. Sostenía á la gentil estatua un pie pequeño y arqueado, inquieto cimienta sobre el que descansaba tanta belleza y hermosura. Cuando soltaba sus cabellos al salir del baño y los inundaba un rayo de sol, parecía que la ola áurea envolvía á una estatua de Paros queriendo aprisionarla con sus movibles torrentes de oro hecho luz..., y don Pablo bebía en el áureo manantial caricias dignas de los dioses y reclinaba su testa de héroe sobre los senos turgentes de Venus calípiga, tras el clásico espasmo del amor que convierte á la humanidad en una raza inmortal...

La vida sosegada de matrimonio feliz y venturoso aumentó los encantos de la Venus calípiga, cuya estatua sólo poseía don Pablo. María Victoria engruesó un poco, y fué su ideal belleza más sugestiva y clásica que nunca. El buen don Pablo, como Pigmalión, andaba cada día más rendido y enamorado de la que él consideraba y estimaba como su única y perfecta obra... Pero Venus calípiga se aburría soberanamente en Torre del Mar,

como la de Milo se aburrirá, soberanamente también, en su pedestal del Louvre... quizá porque ambas gustarían más ser amadas como mujeres que admiradas como diosas.

EL CABALLERO DEL GRECO

Don Pablo adelgazó. Hondas cavilaciones le tenían á maltraer. Pasaba, como el héroe inmortal, las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio. Resintióse su salud más de lo que era menester... y adelgazó hasta el extremo de que el buen caballero asemejábase más á una estirada figura del Greco que á un héroe de Arabia.

Una noche, de sobremesa, recibió don Pablo muchos pliegos y cartas. Aquellos parecían oficiales; éstas eran de algunos de sus antiguos compañeros de armas. Los abrió, y honda arruga sombreó su frente. Cruzó rápida mirada con doña Jesusa, que le observaba; la anciana pareció alentarle con otra mirada de enérgico asentimiento, y don Pablo habló:

—¿María Victoria?—Alzó su esposa los ojos de la labor primorosa que entretejían sus dedos rosados y nacarinos, y respondió:

—¿Pablo?...

—Es preciso... darte la noticia.—La voz del caballero vibraba con cierta emoción. Pero María Victoria, como buena impresionable, tradujo mal aquella emoción.

—¡Ah! ¿Una noticia... y á mí?—y miró á su madre, que sostuvo heroicamente la mirada de Victoria.

—Sí... y vas á reñirme..., porque para evitarte, para hacer más corto tu pesar... sólo la mamá estaba en el secreto...

—¡Ah! ¿Conjura tenemos?—pero al ver serios y graves á su madre y á su marido, la dulce expresión de su rostro cambió y gimió asustada:

—¡Por favor, pronto! ¿Qué tenéis que decirme?

—¡Que mañana me incorporo á mi batallón... y salimos para Africa!—dijo, imperturbable, don Pablo. María Victoria pasó los burlones ojos, de su esposo á su madre; pero viéndoles á ambos emocionados y sabiendo por propia experiencia que su marido jamás mentía, dijo con pavor:

—¿Qué... dices?... ¡Pablo... por Dios! ¡Eso no es verdad!

—Ciertísimo, de todo punto, María Victoria: aquí están los pliegos. He solicitado mi reingreso en el ejército, se me ha concedido... y mañana...

—¡Pero Pablo... pero mamá...! ¿Qué es esto? ¡Por Dios, Pablo; tú no te irás!—exclamó comprendiendo de pronto el sacrificio del desdénado caballero. Y fué hacia él con los brazos abiertos

y los ojos cuajados de lágrimas, preguntándole: —Pablo mío... ¿por qué? ¿qué te hice yo? Mamá, convéncele tú, dile que yo...

Don Pablo la contuvo con un ademán respetuoso y salió, diciendo antes:

—Es irrevocable mi resolución... y además faltaría á mi honor de caballero. Me llama mi deber, y siempre el deber fué imperioso para mí, María Victoria.—Y se alejó hacia sus tristes y solitarias habitaciones, digno y severo, como un magistrado romano arrastraría la toga por el Foro.

María Victoria cayó en brazos de su madre, inundados sus ojos de lágrimas y llena por primera vez de graves confusiones su encantadora cabeza á pájaros, que aún no se había dado cuenta de lo que era la vida, ni probablemente se lo daría nunca.

EPISTOLARIO

Las primeras cartas que vinieron del pundonoso militar, sólo hablaban, con interés solícito, de las queridas personas que dejó en Torre del Mar.

Preguntaba por la salud de mamá Jesusa, de la adorada María Victoria y de la cariñosa y expansiva Carmeta. Luego aquellas cartas entremezclaban entre sus votos por el bienestar y la prosperidad de la familia de Don Pablo, detalles y noticias de su vida militar, de la marcha tranquila, pero incierta, de la campaña, y de "lo admirablemente bien" que le sentaba ésta. Escribía algunas veces también á doña Jesusa dándole instrucciones sobre la marcha de la hacienda, haciéndole advertencias sobre algunos colonos y transmitiendo algunas recomendaciones para Pedro, su antiguo asistente y hoy mayordomo, hortelano y fiel cancerbero de Torre del Mar, á quien no quiso llevar el señor á la guerra, para dejar un hombre de confianza en la casa. No se sabía si á Pedro le escribió don Pablo alguna vez directamente; pero sí que se dirigía á él con frecuencia, por conducto de doña Jesusa.

En las cartas á la bonísima señora ni en las que enviaba á su mujer don Pablo, no palpó nunca una queja, una remota reconvencción por el desvío é indiferencia morbosa de María Victoria que le forzaron á dejar la casa conyugal... Ella, sin embargo, las esperaba siempre, y en su efervescente magín tejía ya la sarta de disculpas, la serie de razones que elocuentemente enjaretaría en sus cariñosas misivas, para obligar á su marido á volver al abandonado hogar. Pero como no vinieron las inculpaciones, tomó á empeño María Victoria no humillarse adelantándose

en sus disculpas, ella que estaba dispuesta hasta á pedirle perdón á su marido á la primera insinuación de queja que recibiera de él.

—Si está representando las ingeniosas escenas de “El desdén con el desdén”... mucho se equivoca mi señor marido... Mucho le quiero, mamá; pero no tanto que ponga mi dignidad bajo sus espuelas... Aunque sea él un caballero, yo soy una dama digna y honrada...—solía decir María Victoria entre despechada y dolorida. Su madre le respondía, sentenciosa é irónica.

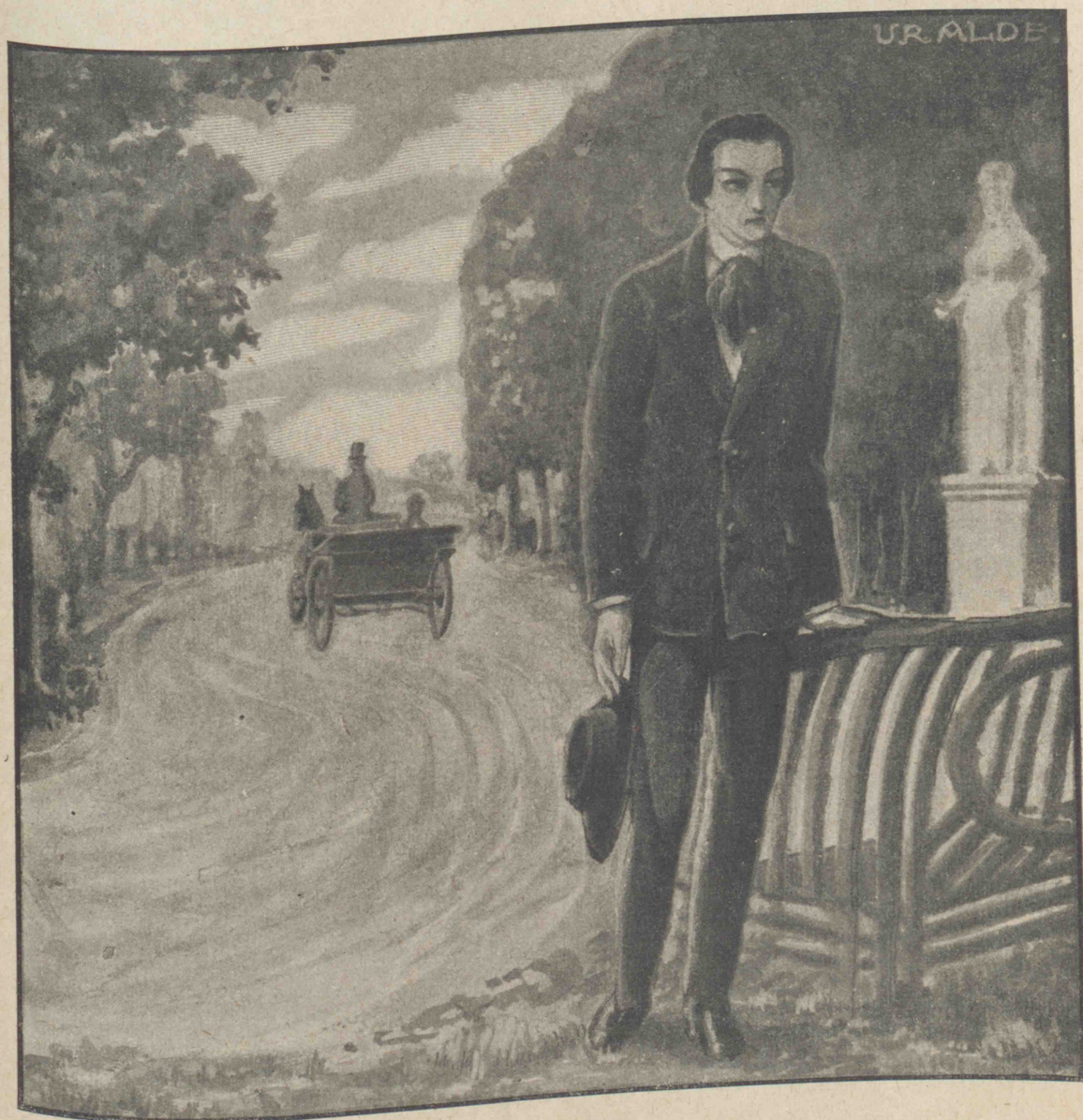
—¡Ay, hija mía! Pablo era un hombre... ¡todo un hombre! El que necesitaba esta casa... el que necesitabas tú. ¡Dios quiera que no lo hayamos perdido por tus ímpetus caprichosos, incomprensibles!

—¿De modo que he sido yo... su mujercita, quien tiene la culpa de que él, el hombre equilibrado, se dejara arrebatado por el capricho de ir á la guerra? ¿No tenía él la obligación de estar

siempre junto á mí, para curarme á fuerza de cariño si estoy enferma, para aliviar mi tedio, si estoy aburrida?... ¡Que no me quiere, ea; que no me quiso nunca, mamá! Se lo diría á él... ¡No me quiere!

—¡Loca, loca de atar!—decíale su madre riendo con toda el alma; y María Victoria salía furiosa, porque aquellas risas ponían nerviosa á la pobrecita Venus calípiga olvidada por su adorador y caballero.

Poco á poco las cartas de don Pablo fueron más tardías; sin embargo, una cada mes no faltó nunca. Pero eran más breves. De él no hablaba nunca. Después de las noticias que pedía de la salud de ellas, con creciente interés, se limitaba á darles algunas noticias muy concisas de la campaña, y nada más. Parecía poner empeño en ser olvidado y demostrar que sólo escribía para cumplir el deber de interesarse por el estado de su familia querida. En todas las cartas, eso sí, insi-





nuaba la idea de que la campaña sería larga, quizá interminable; pero nunca deslizó la posibilidad de que algún día su esposa, por lo menos, fuera á endulzar su voluntario destierro. Nada; que el caballero demostraba empeño en que supieran que estaba decidido á no volver en mucho por Torre del Mar. ¿Quizá nunca?

—¡Esto es desesperante!—gemía Victoria. —Ni una alusión á sus penalidades de soldado en guerra... ni siquiera nos dice si ha estado herido alguna vez... ¡Nada! ¡No nos importa de él! ¡Eso quiere dar á entender!—y después de su arrebató, Victoria caía en una laxitud é indiferencia que alarmaban á doña Jesusa. La buena madraza solía decirle:

—No te aflijas. Estará en las oficinas militares, quizá en el Estado Mayor... Ya sabes cuánto estimaban sus jefes las dotes de inteligencia de tu marido. Estoy segura de que no ha salido á campaña; por lo menos yo no leo su nombre entre los de los jefes que mandan fuerzas... Cálmate y espera... ¡Aprende de tu marido! ¡Pablo es de los hombres que saben esperar!

—¿Yo? Valiente aprendizaje; ya lo ves...

—¡Ah! Pablo, no lo olvides, Victoria, sabría esperar un siglo... ¡para aprovechar bien un mo-

mento!—y la voz de la anciana resonó en los oídos de la atribulada esposa como la de la Esfinge en los del infortunado Edipo. Victoria miró á su madre con sus ojos verdes y dorados, desmesuradamente abiertos, sin comprenderla...

De pronto don Pablo, como buen militar, cambió de táctica; pero no con su mujer, sino con su mamá política. ¿Temía que el enemigo adivinara su supuesta táctica... ¿qué diantre era aquello? ¡Hablaban de él! Y aunque estas cartas en que se ocupaba tanto de sí mismo no iban dirigidas á María Victoria, ésta las devoraba y releía cien veces.

—“He salido á campaña—decía.—El alto mando cree necesaria mi presencia en ciertas posiciones. Ya el sol africano ha culotado y endurecido mi piel y fortificado mis miembros. Ya mis barbas son de facineroso y mis manos, encallecidas por el uso continuo del sable y de las riendas, son negras, rudas, groseras. En una palabra, que el señorito de alfeñique, el apacible agricultor de Torre del Mar, se ha trocado en un soldadote rudo y fuerte, eso sí. Parezco otro. No me conocerías, mamá. Si vuelvo á Torre del Mar algún día, habré de darme unos meses “de lazareto” en alguna ciudad de la península antes de presentar-

me á vosotras. ¡Tan cambiado estoy! Parezco un indio bravo; más aún: uno de estos rifeños que nos acarician con sus balas, desde lejos; quizá más todavía. Quizá Pablo es hoy el tipo del hombre primitivo duro de alma y de cuerpo, fiero y salvaje. No podéis formar un concepto siquiera de cómo me han cambiado esta vida y las circunstancias. No sabéis cuánto embrutece la sangre el chocar de dos cuerpos que luchan como fieras por un palmo de tierra, por una bellota como el oso... ¡Ah! Ya no soy el caballero de Torre del Mar! ¡Parezco un salteador de caminos, el hombre de las cavernas, una fiera con aspecto humano!"

Y tanto insistió el buen don Pablo en este tema, que tan sabroso parecía para él, que María Victoria, ayudada por su madre, veía mentalmente á su marido en aquella facha y aspecto grosero que él tan á maravilla pintaba. Y la sugestión fué completa, definitiva. ¡Don Pablo, el fino y cumplido caballero, ya no era don Pablo, para María Victoria: era una especie de Roghí ó un Raisulí con botas de montar y espada al cinto!

Y tembló la veleidosa é impresionable mujer, por la vuelta de aquel ser imaginario; pero que ella veía ya á su lado, vestido de bereber, mondaraz y fiero, rudo y grosero, ¡casi un antropófago! ¡Un bruto intermedio entre el hombre y el gorila!

Y la infeliz histérica soñaba á don Pablo, unas veces vestido de plumas, otras como un negro bozal, otras como un oso peludo con barbas de chizal, y que sus caricias eran zarpazos dolorosos, y que cuando en una lengua extraña, le decía, como antaño:

—“¡Te comería á besos!”—era verdad y se la comía, el muy bárbaro; en cuatro retalladas!—Y despertaba sobresaltada, y despavorida encendía la luz... y no se atrevía á referir sus sueños estrambóticos ni á su misma madre.

La noche es primaveral, fresca y tempestuosa. María Victoria no tiene frío; pero goza el voluptuoso placer del fresco contacto de las sábanas sutiles sobre su cuerpo tibio... y juega en la cama como un pez bajo las aguas de un mar de frescura.

Es la primavera y sueña despierta... ¿en qué? ¿en quién? ¡No lo sabe! Sus ansias no tienen nombre... pero todos sus sentimientos cristalizan en uno: ¡Amor! ¡Aquella noche primaveral y aquella hora nocturna eran la noche y la hora propicia para amar... que tienen hasta las vírgenes más puras y castas?

Decía Ninón de Lenclos, que si los hombres conocieran cuál era “la hora propicia” ¡pobres mujeres! Claro está: no habría virtud posible con rejas ó sin ellas; porque todas las fortalezas son inexpugnables hasta que un esforzado capitán demuestra lo contrario. Y María Victoria era una encantadora virtud que está aquella noche al borde mismo del abismo voluptuoso de “la hora propicia”; y es también una robusta fortaleza propicia á rendirse á un capitán de ensueño esforzado y audaz, traído en alas del misterio...

La noche es oscura y anubarrada. Fuerte brisa levantina empuja por el negro cielo nubes sinietras que ocultan el fulgor de las estrellas. En la lejana línea donde mar y cielo parecen juntarse, fulguran cárdenos y fugaces relámpagos de lejana tormenta... Parece que natura se estremece al contacto de misteriosos besos candentes, cuyos igneos reflejos dibujan un momento el raro contorno de los inquietos nubarrones...

Es la hora propicia para vengar un agravio, vender un alma al demonio, rendir una virtud... ó encerrar estos tres pecados en uno sólo.

Psiquis llora su soledad en su lecho triste... ¿Vendrá Eros, como en la clásica fábula, á adormecerla con sus besos?

Abierto está el balcón que da al jardín... El effluvio de las sensuales flores asciende hasta el suntuoso camarín...

Se oye lejano batir de alas... ¡Venga el dios heleno en buen hora!

EROS Y PSIQUIS

¡YO SOY EL AMOR!

Cerca de un año ha transcurrido desde la partida de don Pablo.

“La duquesita” de Torre del Mar, casi le ha olvidado...

Aquella mujer singular en cuya alma se entremezclan y combinan lo noble y generoso con lo fantástico y versátil; el bien con el mal; lo bello con lo horroroso, en confusa irresolución de ideas, gime en su lecho conyugal, solitario y frío.

Extraña voluptuosidad estremece sus miembros cuando su cuerpo divino de Venus calpiga, completamente desnudo, cambia de posición para rendir al insomnio y toca las frías sábanas de Holanda finísima...

... Victoria sueña despierta. Su cuerpo se agita, á veces, con ligero temblor de ave medrosica.

Es aquel instante en que el pensamiento no sabe si duerme, vela ó sueña, y en que lo arbitrario comienza á confundirse con lo real en el seno de las almas... ¡Callad!

Breve rumor de alas se abate en el balcón... y Eros, el afortunado niño, entra de puntillas en

la estancia y se acerca al lecho de tormento de Psiquis...

¿Es sueño... es quimera? No lo sabe Psiquis... pero Eros besa sus labios; sus brazos la aprisionan, la hacen suya; su aliento se confunde; sus caricias también, y ya son una sola caricia infinita, inmensa, jamás sentida... Y á un sueño de amor sucede otro, y otro, y otro... y María Victoria gime su pasión satisfecha cual nunca fué, en los propios brazos del Amor...

Y el ensueño sigue... es eterno... ¡Parece que no va á despertar jamás de él... que la muerte no ha de sorprenderla nunca mientras la envuelvan las alas del hijo de Afrodita! Porque ¿quién sino el mismo Amor es capaz de hacer llegar hasta las recónditas fuentes de sus entrañas, más aún, ¡hasta el íntimo santuario de su alma sedienta!, caricias tan apasionadas, tan intensas, tan viriles como la llama que creó á la madre Tierra?

"Rendida, mas no harta", duérmese Psiquis en los brazos de Eros, preguntándole en sueños, con entrecortados suspiros y caricias candentes:

—¿Quién eres... que así me amas? ¿Quién

eres... que me envuelves en tus caricias como en la llama del Amor?

Y Eros, en sueños también, responde, con sutil acento que se confunde con el rumor de sus besos:

—¡Yo soy... el Amor! ¡Yo soy... el Amor!

Y el ensueño sigue eterno, infinito, sublime...

DESPUÉS...

María Victoria despertó.

El sol entraba á raudales por el abierto balcón. El cielo, limpio de nubes, parecía más bruñido y más azul que nunca. Las lejanías distinguíanse con diáfana claridad. Los pájaros le cantaban al sol sus amores y sus penas. En el despejado paisaje no quedaba rastro de la pasada tormenta...

María Victoria se restregó los asombrados ojos y miró con pavor á su alrededor...

¡Ningún rastro columbraba, tampoco, de la pasada tormenta de su alma!

—“¿Habrá sido realmente... un sueño? ¿Será verdad el mito de Eros y Psiquis? ¿Existirá aún el alado hijo de Afrodita y vendrá desde Corinto para poseerme en Torre del Mar... olvidando á Psiquis clásica?”—pensaba, entre voluptuosa y asustada, María Victoria, queriendo atenuar ó disculpar el pecado cometido en sueños. Y seguía: —“¿Ensueño? ¡Sí, sueño fué! ¿Cómo pudo ser otra cosa?”—y se estremecía aún voluptuosamente en el lecho donde Eros la hizo suya. Y seguía, soñando ya despierta: —“Era un dios... Abatió su vuelo cerca de mí... Llegóse á mi lecho... Sus besos me despertaron y me adormecieron, y sus alas me envolvieron como alas de ensueño... ¡Había tanto fuego en sus caricias! ¡Fuego sagrado, inextinguible! ¡El mismo fuego que abrasó las entrañas de Psiquis, de Eva, de Magdalena, de Aspasia y de Vipsania! ¿No decía el filósofo que los dioses eran de naturaleza ignea? ¡Ese dios misterioso que me poseyó en sueños era de fuego, tal vez el fuego mismo, el fuego que llamamos robó á los dioses! Sus caricias eran llamas que consumían cuanto tocaban. ¡Sus besos, brazos que quemaban mi boca y mis senos! ¡Sus manos, tizones que incendiaban el cuerpo alabastrino de la enamorada Psiquis! ¡Sus brazos, círculos de fuego infranqueable! ¡Su pecho, ¡oh!, su pecho, el centro del universo igneo, el mismo infierno del amor!”

Y seguía en su éxtasis delirante, creyendo realmente que el propio dios del Amor la poseyó en sueños... y que fué ensueño de delicias el de aquella noche inolvidable, como quizá no lo fué el de la noche de sus bodas, porque la pasada lo fué de sus bodas místicas con el ideal soñado que



URALDE.

al fin venía á ella y la poseía en el fondo de su alcoba, como la idea posee al pensamiento virgen en cópula inmaterial en el fondo del cerebro.

Y en esto precisamente conocía y sentía que fué el mismo Amor quien la poseyó; porque fueron tan sùtiles, tan vagorosas, tan ideales aquellas sus bodas de ensueño, que ni el más leve átomo de escoria impura las manchó; porque fué la sublime cópula de dos ensueños: un ideal que se encarnó en otro, fundiéndose en diamantino crisol en una sola idea pura, intangible, casta...

LA REALIDAD

Aquel mismo día recibió carta de don Pablo... y fué horrible despertar el de la impenitente soñadora. Del cielo al suelo la traía aquella epístola.

—“¿Qué le importaba á ella que ya el infeliz caballero sintiera la nostalgia de su hogar, de su cariño y de sus caricias? ¿Qué le interesaba á María Victoria que comenzara el moderno cruzado á sentir las penalidades de la campaña y añoranza de sus amores? Primero, apenas hablaba de él en sus cartas; luego, él mismo se retrataba convertido en un morazo auténtico..., y ahora... Ahora hablaba ya de volver, de desengaños sufridos. ¿Qué militar era aquél que tan fácilmente cambiaba de táctica al primer revés moral? ¿Quién era el inconstante, el tornadizo? Ella se atendría á las circunstancias elegidas por él, y bien estaba San Pedro en Roma: él en Africa y ella bañándose en los sueños místicos de su ideal. Después de todo, ella había encontrado la fuente de la felicidad y bebía de ella. En sueños fué cierto; pero ¿acaso no había leído ella que “era tan feliz el rey que soñara todas las noches que era pastor, como el pastor que soñara todas las noches que era rey?”—y daba rienda suelta á sus pensamientos disparatados, y pronto olvidaba las cartas de su marido y hasta aquella figura basta y grotesca que él mismo dibujó.

Desde la noche de su misterioso ensueño, María Victoria fijóse en que nada ocurría á su alrededor; que nadie se fijaba en ella. Su madre, tranquila y sosegada, dirigía la casa y hacienda. Carmeta le ayudaba en sus quehaceres, dócil y sumisa, aunque siempre risueña, como cordera resignada á la vida tal como Dios la hizo. Pedro, sonreía como siempre; parecía más humilde y sereno, más socarrón. La doncella parecía intrigada por misteriosa curiosidad no satisfecha...; “¿pero quién da importancia á la expresión de los criados, gente servil y asalariada?”

Una sola vez se detuvo á releer una carta de

su marido, que tornaba á escribir con frecuencia.
Decía don Pablo:

—“No escatimo esfuerzo alguno para conseguir una licencia, siquiera sea corta. No sabes tú bien, mujercita mía, cuánto ansío verte y cuánto se quiere á las personas cuando la fatalidad nos separa de ellas... Yo no lo sabía; ignoraba cuánta ternura guarda para ti mi alma... Aún somos jóvenes, María Victoria; aún podemos dar días felices á la mamá y á Carmeta, porque ¡quién sabe! ¡Quién sabe si, andando el tiempo, nuestra soledad no lo será... y los hijos...! Pues ¿por qué Dios no nos ha de conceder aquel bien que prodiga á manos llenas sobre la pícaro humanidad?”

Aterrada comentó Victoria aquella carta inesperada:

perada:
—“¿Pero qué le pasa á este hombre? ¿Ya se nos humanizó el ogro, el salvaje ya no lo es? ¡A buena hora, mangas verdes! ¡Viva en mí el sagrado ideal que fecundó con místicas bodas mi alma virgen..., y quédese el buen caballero con sus arrepentimientos guerreros y su trasnochada ansia de hijos... y de todo lo que se le antoje! ¡Y déjeme en paz! ¡Bueno está el horno para bollos! ¿Los hijos? Y... ¿de quién? ¿De aquel hombre rudo que pelea en Africa con los morazos... ó del amado sin nombre que, amparado del misterio del ensueño, me poseyó como Eros á Psiquis, la linda princesa del mito helénico?”

Y á la muela de asco que se dibujó en su boca al nombrar á su marido, sucedió inexpresable beatitud en su rostro al cruzar por su mente la visión del Amado misterioso de su ensueño.

Encerrábase en la biblioteca de su padre y es-
cogía los volúmenes que mejor le parecía que ha-
bían de hablarle del incógnito amador, como si
los pobres libros se hubieran escrito previendo
sus autores los antojos y fantasías que había de
sentir en Torre del Mar una niña voluntariosa y
lunática. Y ni en los libros, ni en sueños, ni des-
pierta, volvía el misterioso caballero del Amor á
poseerla otra vez... como aquella noche primave-
ral y tormentosa en que lo creó, sin duda, la fiebre
histerica de una mujer de poderosa fantasía y
enferma voluntad.

—¡Oh! Sí; sueño fué. ¡No volverá, no! ¡Dios castiga á mi desenfrenada imaginación con el freno de la realidad!—y gemía la sinventura añorando aquella noche de ensueño que no volvía, aunque dejaba abierto el balcón y las alas de su alma de par en par, en el misterio de su lecho de tortura...

Un día acordaron las ricas herederas de Torre del Mar acompañar á sus colonos, que capitaneados por Pedro iban á la recolección de las cosechas á las huertas de Beniflorest.

María Victoria palmoteó de entusiasmo ante la idea de un día de campo, confundida con las mujeres de sus colonos, tomando parte en sus labores, disponiendo la merienda de los trabajadores... y allá se fueron todos.

Pedro guiaba el carruaje que conducía á las señoras y las vituallas. Llegaron á la alquería de Beniflorest, propiedad de don Pablo, y se cumplió

el programa como lo concibió aquella traviesa mujer, que traginó lindamente, estorbando quizá más de lo que convenía á aquellas buenas gentes del campo que la dejaban hacer, serviles y obsequiosas, porque "el ama" alternaba con ellas de igual á igual.

Bajo los perales de Beniflorest levantábanse pirámides de peras tempranas, dulcísimas y azucaradas como la miel liblea. María Victoria subió á un corpulento peral con sus amigas:

—¡Oh! Tengo antojo de coger aquélla... ¡no! la más alta... ¡ésa que esconde sus mejillas, rojas de rubor, entre la hojarasca, porque la deseo yo! —y á horcajadas sobre el robusto tronco cogía la fruta que sus compañeras bajaban hasta ella inclinando la cargada rama. Mordíala con delicia y ansia, como si no fueran las lindas huertanas levantinas quienes le ofrecían el rico y aromoso fruto, sino la propia serpiente del paraíso.

Luego, delante de los montones de fruta, escogía las mejores y más grandes y coloreadas:

—Esta para ti, mamá...; ésta para Carmeta: mira qué linda. ¡Parecen dos mejillas de recién nacido... tan lustrosas, tan rojas, tan perfumadas! Mira, Carmeta, qué bien huele ésta... ¡Parece modelada en cera! Pedro, guárdame ésta... y ésta... y estotra... Tengo antojo de que mi cuarto huela á huerta, á frutas, á jardín. ¡Es tan grato perfume el de la fruta como el de las flores! Más sensual, quizá... ¡Como que es flor de ilusión... hecha carne sabrosísima! —y reía y charlaba como una loquilla; y su madre y Carmeta, gozaban viéndola contenta á la pobre enferma del alma.

Ella misma dispuso la comida con las huertanas, bajo la ancha campana del hogar campesino; ella repartió el vino y los cigarros á los hombres, y todos estaban encantados del ama viendo transformada en humilde aldeana á la displicente "duquesita" de Torre del Mar.

Después de la yanta disponíanse las mujeres á ir á una ermita algo lejana, que á la orilla del mar rememoraba un milagro famoso... María Victoria quiso acompañarlas y Pedro fué también de la partida.

Como tardaran en regresar, doña Jesusa se inquietó y salió, con Carmeta y algunas mujeres, á esperar á los expedicionarios.

Un grupo de gente venía. ¡Ya están ahí! Efectivamente: un grupo de mujeres, muy apretado, venía pasito á paso. ¿Qué ocurría? Pronto se supo. Pedro destacóse del grupo para prevenir á la señora:

—"A doña Victoria la traían en volandas. No había sido nada... Corrió mucho por la playa, se agitó bastante, rió con las mujeres, sin tino... y cuando menos lo esperábamos... un pequeño vértigo, un ligero vahido, la hizo caer sobre el hombro de la linda María Rosa... Pasóle en seguida... Volvió en sí, algo pálida... pero se repuso pronto. La traían en volandas, disputándose todas el honor de conducir la preciosa carga..."

—¡Hija mía! —gritó doña Jesusa, abrazándose á Victoria apenas llegó junto á ella, desolada, besándola con pasión.

—Pero, mamá de mi alma, si no fué nada... —decía Victoria, tranquilizándola. —El cansancio, el

desacostumbrado tragín, la misma alegría de gozar con toda libertad de un día tan espléndido, de una tan grata compañía... —y besaba en las mejillas á las mozas que la trajeron en brazos desde la ermita.

—¿Nunca le ha ocurrido á la señorita cosa igual? —preguntóle, solicita, María Rosa, la gentil.

—Nunca, hija mía, nunca...

—Es extraño... —murmuraba doña Jesusa. —¿Y qué fué? Dime... dime...

—¡Vaya que es extraño, mamáita! Sentí así como unas ansias desconocidas, como un trastorno de todo mi ser..., y no sé explicarme más... No sé, no sé...

Por la noche, de regreso los viajeros en Torre del Mar, Victoria no cenó. Aunque se sentía bien, tomó un té y unas pastas y un sorbo de un añejo, tan añejo como Torre del Mar. Y mientras su madre y Carmeta, rendidas del viaje, se acostaron, María Victoria, acompañada de su doncella, quedóse en su habitación llenando los muebles, el piano, el secreter, todo, de manzanas y peras frescas y olorosas que perfumaban la lujosa estancia con aromas del campo, de natura viva, de seductora sensualidad.

Algo tarde ya, quedó Victoria en cómoda *desahillé* y despidió á la doncella, ordenándole antes que dejara el balcón que daba al jardín abierto y cerradas las restantes puertas de la habitación. Cogió uno de sus libros predilectos y se dispuso á leer, por centésima vez, la clásica leyenda de Psiquis, la hermosa princesa—rival en hermosura de la misma Venus,—"á quien el Amor visitaba cada noche entre tinieblas, y sin dejarse ver huía de sus brazos al asomar los primeros rayos de la Aurora...", ni más ni menos que como á ella la visitó una noche el Amor y huyó al venir el día, para no tornar jamás, ¡como huye el ideal amado para siempre!

Enfrascada andaba María Victoria en las tristes andanzas de la abandonada doncella enamorada de Eros, cuando al llegar precisamente al bello episodio de las bodas de Psiquis con el alado típerano del mundo, episodio que coronaba el poeta narrador afirmando: "Y de aquel enlace nació la Voluptuosidad...", cuando lanzó un grito de tan inusitado terror que ella misma tuvo miedo y asombro de haberlo dado.

Acudió alarmada la doncella y poco después su madre. Doña Jesusa venía despavorida:

—¡Hija del alma! ¿Qué tienes? ¿Qué te ha ocurrido? ¿El vértigo de esta tarde?

—¡No, no, mamá! —y la infeliz miraba á su alrededor con extraviados ojos, queriendo ella misma darse cuenta de la razón de aquel grito extemporáneo... buscando, quizá, un pretexto para ocultar á su madre la causa, aún no entreveída, de su quejido doloroso, que muy honda estaba y envuelta en las nieblas y dudas de su atribulado espíritu.

—¿Pero qué ha sido? Dime, hija mía... porque la zozobra me mata...

—No sé, mamá... Yo misma no lo sabría decir... Leía, muy atenta... y de improviso, sin que nada de fuera de mí se llegara á inquietarme... sino que venía de muy adentro... sentí pavor,

miedo á algo que nacía en mí... en mi pensamiento ó, en mis entrañas... algo que no era el dolor... pero que quería serlo...

—Eso son los nervios... señorita Victoria, los pícaros nervios—dijole, sonriendo cariñosa, la doncella.

—Sí, sí; tiene usted razón, Julia. El día de hoy ha sido de prueba: aquel agitado y desacostumbrado tragar... Vamos, hija mía, y te acostaremos. Julia, prepare usted tila; traiga, también, el frasco de agua de azahar... Desde que se marchó tu marido no la tomas... y no hay que dejarla, hija mía, no hay que dejarla—decía, acongojada, la buena señora.

Se hizo todo como lo dispuso doña Jesusa, y cuando tranquila María Victoria en su cama, ya cerca de la madrugada, hizo retirar á su madre, atrayendo á sí á su doncella, cuya mano cogía como náufrago la tabla salvadora, le dijo, soltando al fin la ola contenida de su llanto:

—¡No me dejes, Julia mía, no me dejes! ¡Yo estoy muy malita!... ¡Yo me voy á morir!

El sol penetraba medroso por los resquicios del balcón, cuando María Luisa rendía la calenturienta cabecita al sueño; pero aún entregada á él, interrumpían hondos suspiros y apagados sollozos, como ecos lejanos de la pasada tormenta.

Julia enjugó con respeto una lágrima que quedó prisionera en las sedosas pestañas de su ama, y sin soltar su mano la miró largo rato con amor...

A LO REAL POR LO IDEAL

Cuando despertó estaba sola. Tenue luz dejaba en suave penumbra la estancia; y así como al despertar de aquella noche en que creyó ser esposo de un ser ideal, creyó volver de lo increado á la vida, parecióle que ahora tornaba de una realidad espantosa á un ensueño plácido del cual no quería volver... ¿Por qué?

La causa de aquel grito estridente que puso en alarma á su madre y á Julia, lo sintió María Victoria palpitar en sus propias entrañas, como si aquel ideal de ensueño se resistiera á abandonarla y quisiera encarnarse en ella, concretarse en un ser que ya comenzaba á palpitar... no sabía bien Victoria si en su alma soñadora ó en sus entrañas de mujer. Y aquel grito, aquel intenso estremecimiento de su ser que originó su doloroso quejido, como las escenas de la noche pasada, rodeada de su madre y de su fidelísima Julia, parecíanle ahora una pesadilla fantástica, á la que no quería volver, bien hallada con la

placidez de su alcoba, tibiamente iluminada y con lo abrigado y mullido de su cama de princesa.

Sin moverse, tornó los perezosos ojos por la estancia, los fijó en su mesita de noche y quedó aterrada.

¡Era verdad! Allí estaban el frasco con la posición de agua de azahar, la tacita de tila, mediada aún... La pesadilla de su grito de terror había sido una realidad... Quiso convencerse de ello, fué á incorporarse para oprimir el botón del timbre y al cambiar de posición ahogó otro grito, más doloroso aún que el de la noche pasada, porque sus entrañas tornaban á palpar con extraña convulsión de dolor á la luz del día, despiertos sus ojos y su alma...

Y María Victoria cayó con pesadez sobre la blanca cama, como cayera un cuerpo muerto.

¡¡María Victoria era madre!!

Se lo decía aquel ser que palpitaba en su seno, aterrándola como visión de remordimiento; se lo decía su instinto de madre, que comenzó á despertar con aquel pequeño vértigo que la acometió en la ermita de Beniflorest..., y se lo decía el dolor, que vivifica ó mata, demostrándole que no fué ensueño, no, aquella su boda mística con el ideal en el misterio de la noche...

—“¿Cómo pudo creer que había sido ensueño?”

María Victoria, entre los vagos recuerdos de aquella noche idílica, conservaba el de un ser, hombre, héroe ó dios, realidad ó ideal intangible, pero de formas humanas, delicada figura, boca perfumada y ardorosa, como el poniente en los jardines levantinos; que besaba con besos húmedos y cálidos á la vez, entrecortados por una frase seductora y enigmática:

—“¡Yo soy... el Amor! ¡Yo soy... el Amor!”
—oyó decir al caballero del ideal, en cuyos labios bebió la dicha y cuyos brazos la aprisionaron con intenso espasmo deleitoso en continuo baluceo de pasión... “¡Ya no cabía duda! Lo decía el recuerdo abrumador de aquella noche de deleites, y lo voceaba con sus imprudentes gritos la realidad desde lo más íntimo de sus entrañas”.

“¡Ah! Pero si no fué ensueño, si había sido una criminal realidad... ¿quién era el incógnito caballero que así asaltó su casa y lecho y con arteras mañas la hizo suya en aquel sublime momento que la bella Ninón de Lenclos llamaba “la hora propicia?” ¿Quién era? ¿Quién podría ser... aquel hombre, ¡ó lo que fuere!, que con tanta pasión, con tan amorosa fogosidad sabía amar y hacerla tan suya... como nunca lo fué ella, María Victoria, de su marido? ¡Nunca mujer alguna debió de sentirse tan poseída como aquella noche inolvidable poseyó aquel desconocido su cuerpo joven y su alma romántica! ¡Ah! Y de aquel beso ideal que se dieron dos almas soñadoras á las que no juntó la realidad, sino una quimera inexplicable; de aquella cópula de los sentimientos más que de los cuerpos... quedaba allí, en sus entrañas estériles hasta entonces, la huella viril y poderosa, que se agitaba ya con indescriptibles ansias de vida, gritando:—“¡Yo soy la vida, porque soy el amor! ¡Yo soy lo real, porque primero fuí lo ideal! ¡Paso á la vida, al amor, á lo real, á lo ideal que vienen conmigo... á Torre del Mar!”—

¡Dios mío, Dios mío, qué vergüenza, cuánto oprobio!"

Y María Victoria gemía en su lecho de dolor. Amarga era su pena; más amargo aún el remordimiento que consumía las puras alas de su conciencia. Dudas horribles atenazaban como candentes hierros su pensamiento, llevándole á los

hombre de su ensueño, tan delicado, tan espiritual y aéreo que aun dudaba si sería hombre ó quimera..., tan sutil, que se evaporó como un ensueño después de fecundarla, como el Amor á Psiquis! ¡Oh! ¿Quién sería... y cómo pudo...? ¡Dios mío, ser pecadora, adúltera... y no saber cómo... ni con quién... ni por qué!... ¡Haber co-



misimos umbrales de la locura..., mientras los misteriosos espasmos de vida convulsionaban su seno fecundo.

—“¡Hombre ó misterio, realidad ó quimera, aquel ser que convirtió á la mujer estéril en madre fecunda..., era lo más opuesto al recuerdo que conservaba de su marido, aquel ogro harto de matar morazos bajo el sol del Atlas, y con el que soñaba á veces viéndole en medio de un lago de sangre comiéndose á dentelladas á los bereberes, á toda la humanidad y á ella misma, la pobre-cita Psiquis de Torre del Mar... ¡En cambio, el

metido el pecado... sin propósito de pecar... sin la dañada intención de caer en el abismo del mar... sin haber sufrido los embates de la deleitosa tentación... el grato asedio de un mozo gentil... sobre el que descargar parte de su remordimiento! ¡Dios mío!... ¿y sin todos estos deleitosos prolegómenos... sentirse fecundada, ser madre del hijo de un ensueño, que como fatal realidad estremecía sus entrañas?—Y la infeliz se revolcaba en su lecho de torturas presa de atroces congojas.

A su grito ahogado no acudió nadie. Dormían,

sin duda, ó estaban lejos de aquellas habitaciones. Un pensamiento audaz, loco, cruzó por la mente de María Victoria y se levantó. Vistióse un sencillo kimono; abrió el balcón, dando paso á los vivos rayos del padre Sol, y fué á su secreter. ¿Iba á escribir á alguien? ¿A demostrar de lo que era capaz la niña antojadiza y lunática?

Las manzanas perfumaban con sensual aroma el mueblecito y la estancia, y María Victoria las miró con enojo. ¿Era la fruta prohibida! El vivo remordimiento de aquella Eva inmortal que revivía eternamente en toda mujer! Apartó los ojos de la tentadora fruta y abrió su secreter.

—“¿Iba á morir! ¡Sí; sabría morir llevándose su ensueño y su pecado con ella! ¡Nadie sabría que fué pecadora, que fué adúltera la noble y virtuosa dama... víctima de una fatalidad desconocida y de una seducción y de un seductor, más desconocido aún! ¡Sí; la muerte es la única solución! ¡Sepa yo sola que fuí mala, que fuí pecadora... y ¡lloren los demás sólo mi muerte, nunca mi pecado!”

Tiró de un cajoncillo, nerviosamente, para coger pluma y papel en donde dejar escrito su “adiós” á la vida... y dió un grito de sorpresa indescriptible.

Sobre los albos plieguecillos de papel timbrado con su cifra y escudo, había una carta cerrada y lacrada, y dirigida á María Victoria.

—“¿Quién pudo dejarla allí? Ella conservaba siempre la llave de aquel mueblecito... y á nadie la fió. Lo recordaba perfectamente... ¿Soñaba? ¿Estaría condenada á vivir un ensueño perpetuo, á ir de quimera en quimera, á no saber cuándo estaba despierta y cuándo soñaba? La letra del sobrescrito era clara, correcta, obra de pendolista seguramente...; pero desconocida, sin personalidad ninguna, sin el carácter peculiar que imprime las incorrecciones, como reflejos del ánimo, al manuscrito...”

Quiso convencerse de que era realidad y no un ensueño, y abrió la carta. Profunda angustia y terror pánico se apoderaron de su alma al leer, en menudos é impecables caracteres:

El Caballero del Ideal, espera el misterio de la noche para visitar á su amada. Como el Amor advertía á Psiquis, no olvides ¡oh, dulce amada mía! que la curiosidad es el escollo en que naufraga la dicha. No te dejes arrastrar por ella. No quieras saber quién soy. Una curiosidad sacrilega nos separaría para siempre. Sólo en las tinieblas del ensueño se acercará á ti,

EL CABALLERO DEL IDEAL.

Atónita quedó María Victoria.

—“¿Qué era aquello? ¿Una farsa, una burla, una comedia tramada por... por Dios sabe quién? No. ¿Por qué había de serlo? No. Aquel ser que con tan intensas caricias la amó y cuyos besos fecundaron su alma y su carne virgen... no podía ser un histrión vulgar, un farsante sin meollo, no. ¿Era el padre de su hijo, de aquel hijo que ya palpitaba en su seno!... Y ya que su carta demostraba que no fué quimera sino realidad pas-

mosa su aventura, tenía derecho á saber quién era, á verle, á hablarle; á decirle que la hizo madre!, aunque el escollo de la curiosidad hiciera naufragar su dicha... aunque tuviera que huir con él á lejanas tierras, peregrinando una trágica vida de amores y desventuras... aunque tuviera que dar á luz, lejos, muy lejos de Torre del Mar, á aquel fruto de su amor y de su pecado... que no conocería nunca el caballeroso don Pablo, su dueño y señor... ¡Su dueño y señor! ¡Ah! El señor de su destino, el dueño de sus más escondidos pensamientos, ya no era don Pablo, era aquel misterioso Lohengrín que...” y su pensamiento se interrumpió de súbito, tomando por extraña asociación de ideas derrotero diferente:—“¡Oh! ¿Sería el misterioso caballero... aquel violinista amado un momento y desdeñado en seguida, aquel niño que la llamó, desesperadamente en vano, el día que paseaba en carruaje por las playas de Torre del Mar? En realidad, era el único hombre que, además de don Pablo, se había acercado á ella...; y ¿sería tan audaz que...? ¿Pero cómo habría podido aquel niño llegar hasta ella? ¿Y cómo no pensó antes que pudo ser él...?”

Y esperó decidida, dispuesta á todo, serena y valiente, la venida de la noche.

Su pecado ó la maternidad la habían transformado en otra. Ya no pensaba en morir... Leona sería, para defender con garras y dientes el cachorro que palpitaba en sus entrañas.

DESENCANTO

Nunca fué el día tan largo como aquél en que “El Caballero del Ideal” anunció su venida.

María Victoria observó durante él, ojo avizor, á todos los habitantes de Torre del Mar. Su inquisidora mirada no notó nada anormal en la confiada y bondadosa doña Jesusa; en la dócil y alegre Carmeta; en la cariñosa y humildísima Julia. Pedro sonreía como siempre, socarrón y huraño. Con tino y discreción diplomática pudo averiguar que nadie de la casa anduvo por sus habitaciones.—“¿Quién, pues, “filtró” la anónima carta en su secreter? Era indudable que había “un traidor” en la comedia. Ya lo averiguaría, ya... Ahora, á lo que importaba.”

Tranquila y segura de sí misma, como nunca lo estuvo la pobre histérica, esperó la venida de la noche con ansia disimulada y diabólico gozo...

Aquella velada, doña Jesusa y Carmeta se recogieron á la hora acostumbrada. Pedro hizo su ronda á su tiempo, y se retiró después de la señorita. Julia acompañó á la señorita á sus habitaciones, y ésta, cumplidos sus habituales menesteres,

la despidió cariñosamente, advirtiéndole que estuviera pronta si la llamaba.

Apenas se vió sola María Victoria, cerró todas las puertas, cercioróse de que todas las llaves de las luces funcionaban perfectamente, abrió el balcón, dejó á oscuras la habitación y temblando, emocionada se dejó caer en una meridiana.

—“¡El misterio iba á desvanecerse! ¡El enigma, á dejar de serlo! ¡La esfinge muda iba á caer al alcance de sus uñas! ¡El encanto de su vida, el ideal de ensueño... ó de lo que fuere, iba á romperse!”

La noche avanza.

Ningún ruido turba su quietud.

Sólo las estrellas parpadean en el oscuro manto del cielo, como eternos vigías de la inmensidad.

Las hojas penden inmóviles en las ramas.

Los gusanos de luz esconden la fosforescencia de sus amores entre las altas hierbas de los cauces.

Ni siquiera el mar envía los ecos de sus murmullos apagados.

La brisa duerme...

María Victoria, rendida, cansada de esperar y de luchar con sus encontrados pensamientos, se ha dormido también...

Y su cabecita loca comienza á soñar...

Su sueño es trágico: visiones de muerte, torrentes de sangre y abismos de sombra oscurecen su razón y levantan su seno á impulsos de atroz pesadilla... “Don Pablo, espada en mano, atraviesa el cuerpo de Victoria y el del “Caballero del Ideal”, que se parece vagamente á cierto artista del violín... Don Pablo ríe, con sordas carcajadas, al ver correr la sangre de los adúlteros, como Lanciotto el monstruoso, reía al hacer correr la sangre de Paolo y Francesca, agonizantes, en estrecho abrazo...”

Victoria despierta sobresaltada. Se restrega los ojos, llena de pavor. Un cuadro de inexpresiva negrura ve ante ellos y hace esfuerzos para abrirlos más, creyendo que los tiene cerrados aún. Densas nubes encubren el parpadeo de las estrellas, y toda la huerta duerme bajo el pesado manto de negro silencio. Va á salir al balcón y ve fulgurar en él, en la negrura, dos relámpagos, dos fulguraciones de siniestra mirada mefistofélica... Antes de extinguirse, dos brazos flexibles y fuertes la aprisionan y una boca sedienta besa la suya, ahogando en ella un grito de terror. Una voz dulce murmura en su oído, como suave música de ensueño:

—¡Yo soy el Amor!... ¡No temas!... ¡Yo soy el Amor!—mientras aquellos brazos finos y poderosos, salidos de la negrura, levantan en vilo á la soñadora y sin dejar de besar con ansia salvaje su boca, entran en la estancia y caen con ella, blandamente, en la misteriosa alcoba...

Dos cuerpos se estremecen, rendidos á una misma pasión, en el frío lecho conyugal, abandonado y triste tantos días...

Dominada, sugestionada por el misterioso magnetismo que emerge del incógnito caballero, déjase arrastrar por la ola de seducción que del Amador irradia con irresistible fuerza... y tornó á ser

poseída como jamás lo fué mujer alguna; entregándose completamente, como nunca se entregó á su esposo, á los espasmos de la pasión... que ahora veía muy claro que no era ensueño, sino realidad digna de serlo...

De pronto, una gran llamarada invadió las tinieblas de las dormidas huertas, y recias voces comenzaron á gritar desaforadamente en el jardín, al pie del balcón:

—¡Fuego, fuego! ¡Socorro, socorro!—y las llamas crecían y las voces aumentaban clamando socorro desesperadamente, y la de Julia resonaba tras la puerta de escape, llamando angustiada á María Victoria.

Despertaron los dos amantes de su sueño de místicos arrobos. El incógnito caballero, sin encomendarse á Dios ni al diablo, al oír las insistentes voces de “fuego” y los gritos de “socorro” cogió en brazos á Victoria, que casi desvanecida de miedo, murmuraba:

—¡Mi ensueño... había de acabar trágicamente!...—y atravesando la estancia se dirigió hacia el balcón, á cuyo pie levantábanse y lucían las enormes llamaradas...

Pronto envolvió el siniestro resplandor á los dos enamorados...

Victoria, olvidando un momento el peligro y aguijoneada por el deseo de conocer á su amante caballero, tornó los ojos á él... y lanzó un desesperado grito de terror.

¡Las llamas iluminaban trágicamente el rostro bellamente mefistofélico de don Pablo!

¡El Caballero del Ideal, el Amador de su ensueño, Eros misterioso... era su propio marido!!

¡LÁSTIMA QUE NO SEA PECADO!

Cuando María Victoria entendió la bochornosa farsa de su desencantamiento..., su desilusión fué tremenda. ¡Era igual á la del pastor que dejara de soñar todas las noches que era rey! Y honda é incurable melancolía la invadió.

Ahora comprendía por qué su madre no se preocupaba de ella ni de sus ensueños; por qué Julia, que dormía en una habitación contigua á la suya, estaba intrigada; por qué don Pablo, que no estuvo en Africa, sino en su casa de la ciudad tantos meses, se retrataba en sus cartas un ser tan diferente del que la visitó aquella noche de ensueño; y hasta comprendía por qué Pedro, el jardinero, sonreía socarrón y ladino...

—¡El, él fué el infame que hizo arder al pie del balcón, con unos cuantos haces de sarmientos, la escalera de mano por la que subió su marido, como gallardo conquistador á coger la fruta pro-

pia como si fuera fruta del cercado ajeno, para que ella la encontrara tan dulce y sabrosa como el mismo pecado!

Y al venir el desencanto á sombrear la frente marmórea de María Victoria é impregnar sus ojos de dulce melancolía, todos creyeron que el emba-razo había trans- formado el carácter de aquella mujer singular. Don Pablo creíala domeñada para siempre, y no sabía que la sombra que caía sobre la frente y los ojos de su esposa era la huella del inmenso desencanto que dejó en ellos el último beso del "Caballero del Ideal", al desvanecerse para siempre en el misterio de su alcoba y trocarse en don Pablo en el incendiado y rojo balcón.

La vuelta de don Pablo fué un acontecimiento en Torre del Mar y sus aledaños.

—No parece haber estado en África, tanto tiempo—decían todos.

Efectivamente; venía más mozo. Habíase quitado la barba, parecía más blanco su cutis; vestía con irreprochable elegancia; usaba perfumes delicados, que nunca usó, y peinaba su bigote con audaces guías que le comunicaban cierto aire donjuanesco, que le sentaba á maravilla.

Cuando sus íntimos le felicitaban por el estado feliz de su esposa, que pronto daría un heredero al apuesto y galante caballero, contestaba invariablemente don Pablo:

—¡Yo soy hombre que sabe esperar un siglo... para aprovechar bien un momento!—y añadía, enigmático:—Y soy feliz; porque si bien he estudiado mucho y conozco todas las teorías modernas metafísicas, fisiológicas y patológicas... que me importaban, soy completamente dichoso porque he logrado convertir en realidad una de las más atrevidas: la canalización del azar. Yo, se-

ñores, "he canalizado el azar", sencillamente, poniendo en práctica un viejo aforismo: *Similia similibus curantur*...—Y no decía más á sus asombrados oyentes el cumplido caballero, esposo feliz y enigmático filósofo.



Algunos meses después, María Victoria dió á luz un hermoso niño, cifra y compendio de la hermosura varonil de su padre y de la delicada de su madre. ¡Lo que no había podido lograr don Pablo, entrando por la puerta como amo y señor, lo había logrado asaltando el balcón como un amante!

—“¡Tanto monta!”—se decía el feliz caballero, á solas.—“El fin justifica los medios...” ¿No lo dice así el inmortal y sagaz florentino?

Y don Pablo recibió en sus brazos á su lindo vástago, le besó con pasión y acercólo á Victoria.

Los labios de los dos esposos se juntaron en la boca del recién nacido.

—¿Le quieres, María Victoria?

—Sí... ¡Con toda mi alma!

—Y... ¿por qué? ¿Porque es hijo de "don Pablo", de tu marido..., ó porque es hijo del "Caballero del Ideal"?

—Porque es hijo del Amor...—y sonrió triste.

—¡Qué hermoso es! ¡Hijo mío!—decía doña Jesusa, cayéndosele la baba á la bondadosa abuela.

—¡Parece un Jesús de Nacimiento... blanco, rubio y colorado!—agregaba Carmeta, comiéndoselo

á besos y reclamando el sacratísimo privilegio de mecerle en sus brazos...

Cuando María Victoria quedó sola un momento, contempló la linda carita de su hijo, dormido sobre su seno, y exclamó con lágrimas en la voz, aquella mujer excepcional, que para su marido era "la negación del carácter":

—¡Hijo mío! ¡Qué hermoso eres, hijo de mis ensueños!—Y con transición de voz intraducible, suprema é infinita, suspiró la incorregible, mirando al dormido infante:

—¡Qué hermoso eres, hijo del Amor! ¡LÁSTIMA QUE NO SEAS HIJO DEL PECADO!!

FIN

B. Morales San Martín.

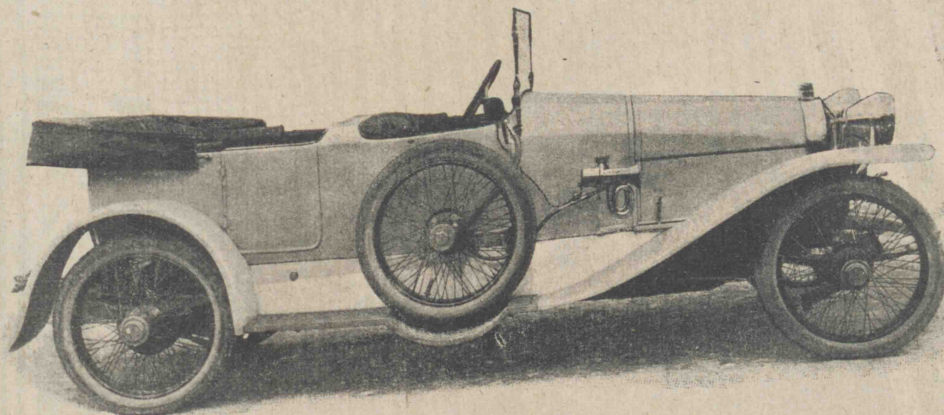
IMPRENTA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"

---: ---: FERRAZ, 82, MADRID ---: ---:

AUTOMÓVILES DE FABRICACIÓN ESPAÑOLA

MARCA

“ELIZALDE”



CONCESIONARIO: **ALVARO UREÑA**

BARQUILLO, 14 Y PRIM, 1.—MADRID

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Génova el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana, y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico. Puerto Barrios, Cartagena de Indias, Maracaibo, Coro, Cumaná, Carúpano, Trinidad y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz y Cartagena, para salir de Barcelona cada cuatro viernes, ó sea: 7 Enero, 4 Febrero, 3 y 31 Marzo, 28 Abril, 26 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 18 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre; para Port-Said, Suez, Colombo, Singapore, Ilo Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sea: 25 Enero, 22 Febrero, 18 Marzo, 16 Mayo, 13 Junio, 11 Julio, 8 Agosto, 5 Septiembre, 3 y 31 Octubre, 28 Noviembre y 26 Diciembre, para Singapore y demás escalas intermedias que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán. (Escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Servicio mensual saliendo de Bilbao y Santander el 12, de Gijón el 13, de Coruña el 14, de Vigo el 15, de Lisboa el 16 y de Cádiz el 19, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el 12 para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.



LA PERFUMERÍA FLORALIA

tiene el honor de poner en conocimiento de su distinguida clientela, haber puesto á la venta, el **Ron Quina FLORES DEL CAMPO**, á los mismos precios y tamaños que su afamada Agua de Colonia.